

Balzac, Dostoyevski y Proust

DICE el crítico francés Jacques Rivière en un artículo sobre el novelista de *Los Hermanos Karamazof*: «Dostoyevski se interesa sobre todo por los abismos de los personajes, y pone todo su cuidado en sugerirlos más y más insondables. Nosotros, al contrario, colocados frente a la complejidad de un alma, a medida que la vamos representando buscamos, instintivamente, organizarla».

Balzac organiza complejidades. Omite trazos espirituales contradictorios que pueden desequilibrar la figura; o bien, interpreta pequeños misterios que, puestos en claro, pierden para siempre su calidad. Balzac es un grabado de líneas netas en el que no hay sombras. Leyéndolo nos corroe un dogmatismo profundo: creemos que las personas cuyo estudio nos ofrece la vida son como nosotros las pensamos y que sabemos de ellas mucho más que ellas mismas.

Dostoyevski obra con gran humildad. Hay un punto en el cuadro del alma que él no cree poder representar más que por una mancha de sombra. En la sombra algo parece adivinarse, pero cuando queremos fijar los rasgos de aquello que oscuramente se mueve, nos damos cuenta de que estamos organizando las vibraciones de una sombra, y que la simple mancha negra es todo lo que, en aquel punto, existe. La lectura de Dostoyevski nos deja la visión intranquila de que el alma es una gran ave extraña en cuyas garras implacables vivimos.

Proust viene después de Dostoyevski, y está prevenido. Sabe que los novelistas torneaban muchas veces el alma con tan desmedido afán de borrar sus incoherencias que, de un

gran trozo, no quedaba a veces más que un frágil vástago; sabe que el alma no está completa si se hacen desaparecer sus cuencas y relieves arbitrarios. Pero, a pesar de saber todo esto, instintivamente la lógica francesa respira en él y, como europeo, también organiza el alma. ¡Ah! la organiza con gran cuidado y honradez; utiliza un torno extraordinariamente meticuloso que al ir desbastando procura conservar, siempre limpias, todas las formas características e irregulares. Como una prueba final de honradez nos recoge, en páginas plétóricas, las virutas y el aserrín desprendidos de aquel trabajo paciente y genial. La lectura de Proust nos convence de que la cartografía del alma podía aspirar, aun después de la novela psicológica de principios del siglo, a una exactitud mayor; y los escrupulosos planos que levanta del espíritu son comparables a las cartas del Almirantazgo inglés, junto a las cuales parecen impresionar más los dibujantes de los mapas primitivos y los apuntes pintorescos de los viajeros maravillosos, que suplían la precisión y la prolijidad con la generosa elocuencia que tiene lo incompleto.

ANTONIO CASTRO LEAL.